

SUBSIDIO

LECTIO DIVINA: VISITACIÓN

*P. Uriel Salomón Salas, SJ**

1. Invocación al espíritu santo

¡Ven, Divina Ruah!
Tú, Amor que fluyes entre el Padre y el Hijo,
Vínculo de encuentro y de unión,
sé la luz de nuestra mirada,
ábrenos hacia el misterio de la Trinidad,
el misterio del Tú,
el misterio del Silencio,
el misterio de la Creación.

¡Ven, Divina Ruah!
Tú, Presencia que nos mueve hacia el Padre,
Vida que nos integra con el Hijo,
ábrenos hacia el misterio de la Comunidad,
el misterio de la sororidad y la fraternidad,
el misterio de tu Palabra hecha oración,
el misterio de tu Palabra hecha vida.

¡Ven, Divina Ruah!
Tú, Calor para nuestro corazón,
Luz para nuestro entendimiento,
ábrenos hacia el misterio de la Palabra,
el misterio de Jesucristo
hermano y maestro, amigo y Señor,
el misterio de la Voluntad del Padre,
el misterio de la Comunión.

* Sacerdote Colombiano de la Compañía de Jesús. Licenciado en Sagradas Escrituras del Pontificio Instituto Bíblico de Roma. Profesor del Área bíblica en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana. Actualmente adelanta estudios de Doctorado en la misma universidad con el tema de la Teología del ciclo de Elías (1 Re 16,29 - 2 Re 2,25). Ha escrito artículos como: "David como rey absoluto: análisis narrativo de 2S 20", publicado en Theologica Xaveriana, 178 (2014): 515-544.

2. Para disponer el corazón

En el silencio de tu corazón
 siente cómo habita en ti
 el misterio infinito de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.
 Deja que su presencia sea libre en ti,
 que en este momento Dios disponga de ti según su propia libertad,
 que su Voluntad sea como el aire que respiras,
 como la sangre que palpita desde tu corazón
 y fluye por tus venas.

Ahora contempla cómo el Espíritu te empieza a iluminar.
 Su luz te muestra lugares, situaciones y personas
 en algunos casos con mucha claridad,
 en otros con muchas sombras...
 ¿cuáles son los lugares, situaciones y personas más tocantes en este momento?

3. Oremos con La Palabra

LECTURA: Lucas 1, 39-45.56

María visita a Isabel

³⁹ Por aquellos mismos días,
 María se levantó y se dirigió a toda prisa a la serranía, a un pueblo
 de Judea.

⁴⁰ Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

⁴¹ Cuando Isabel oyó el saludo de María,
 la criatura dio un salto en su vientre,
 Isabel, llena de Espíritu Santo,

⁴² exclamó a voz en grito:

Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre.

⁴³ *¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?*

⁴⁴ *Mira, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos,
 la criatura dio un salto de gozo en mi vientre.*

⁴⁵ *Dichosa tú que creíste, porque mira,
 se cumplirá lo que el Señor te anunció.*

...

⁵⁶ María se quedó con ella unos tres meses y después se volvió a casa.

1. Una lectura sobre el texto Bíblico

La Visitación relaciona los dos anuncios de nacimientos hechos en precedencia. Progresivamente Juan se subordina a Jesús. Isabel reconoce a Jesús como Señor (*Kyrios*), todavía no como Mesías. El saludo de Isabel identifica a la *esclava del Señor* (Lc 1, 38) con dos nuevos títulos: *La madre del Señor* y *la gran creyente*. El primero se expresa con una bendición doble (1, 42) y el segundo con una bienaventuranza (1, 45). En ambos el centro es el *Señor*.

La Visitación pone la Revelación en términos de maternidad. Isabel profetiza antes que Juan y María, camina y visita antes que Jesús. Los grandes personajes que se entrelazan en la narración son Jesús y el Espíritu Santo. El Padre será mostrado como quien cuida de las dos mujeres (José y Zacarías no actúan) y luego como el destinatario del Magnificat. Jesús va siendo revelado en medio de aclamaciones y Juan es llamado por el Espíritu desde el seno materno, como un nuevo Jeremías:

*Antes que yo te formara en el seno materno, te conocí,
y antes que nacieras, te consagré,
te puse por profeta de las naciones.* (Jeremías 1, 5)

El v.39 es consecuencia de la Anunciación a María. El ángel le habla de la acción del Espíritu Santo y de la gravidez de Isabel (Lc 1, 35-37), y María le responde en obediencia (Lc 1, 38). De modo que quien mueve a María es el Espíritu. El cristianismo es un estar siempre en *camino*. Así mismo, el v.40 recordará tantas visitas de Jesús, donde el dueño de casa queda detrás de escena, mientras es una mujer quien expresa la misericordia recibida de parte de Dios (cf. Lc 7, 36-50).

En el v.41 el verbo principal es *oír*. En la visita de un ángel lo importante no es su presencia, sino oír su mensaje. En la Visitación, en cambio, las palabras de María se omiten, porque el mensaje es ella misma encinta. No se habla de ver, sino de *oír*, porque Isabel capta el mensaje en su interior. Los *saltos de alegría* del niño son parte de la experiencia tangible de la llegada de la nueva era mesiánica. Isabel se cree indigna, porque no alcanza a explicar algo que supera sus propias

previsiones humanas. Es decir, la comprensión está sujeta a la experiencia directa.

El Espíritu mueve a cada personaje desde dentro¹. La condición para que esto se dé es una visita o sea un encuentro. Por ejemplo, la visita de Elías a la viuda de Sarepta (1 Reyes 17, 8-24). Se trata de un relato de reconocimiento. Incluso Jesús se refiere a sí mismo como Elías (Lc 4, 25-26). Los motivos típicos son: un desplazamiento a un lugar fuera de la ciudad, un niño que estaba sin aliento (πνευμα) (1Re 17, 17) y que vuelve a la vida. Su madre que reconoce al visitante como portador de la Palabra, por ende de Salvación. Elías es portador de la palabra de Yahveh (1Re 17, 24) y María es portadora del niño en su seno. Juan manifiesta la vida saltando de gozo en el vientre de su madre. Ciertamente, la confesión de la viuda de Sarepta es superada por las aclamaciones de Isabel y de María. Sin embargo, el motivo del reconocimiento de la acción de Dios es común a los dos relatos.

En el v.42 la expresión *exclamó a voz en grito* muestra el paso de Isabel del encierro en su casa (Lc 1, 24-25) al encuentro con María. Es la consecuencia del salto del niño en su vientre. Un caso similar es el de Rebeca en Génesis 25, 20-23. Ella es estéril y Yahveh le concede la concepción. Los niños mellizos saltan en su seno y Rebeca se angustia (Gn 25, 22), hasta que Yahveh le revela lo que está por venir:

²³ *El Señor le respondió: Dos naciones hay en tu vientre, dos pueblos se separan en tus entrañas: un pueblo vencerá al otro y el mayor servirá al menor* (Génesis 25, 23).

Jacob se adelanta a Esaú. La historia terminará en una monumental reconciliación de hermanos (Gn 33). Jesús se adelantará a Juan, quien será la voz que anuncie su llegada. Juan y Jesús no son mellizos, pero se “encuentran” antes de nacer.

Prosigue el v.42 con una bendición doble. La primera bendición es inclusiva, como si se dijera “bendita tú entre las benditas”, o sea, *todas las mujeres* de la historia de Salvación de Israel. La segunda, *benedito*

¹ La presencia y acción del Espíritu también va en ascenso: Lc 1, 15.17.35.41.47.67.80; 2, 25-27; 3, 16.22; 4, 1.14.18.

el fruto de tu vientre, expresa el cumplimiento de la Promesa. En efecto, las bendiciones son propias de la Alianza, como es el caso de Dt 7, 7-15 y Dt 28, 1-14. Se trata de las bendiciones que enmarcan el discurso central de Moisés (Dt 12-26). En este marco la pequeñez de María resume la pequeñez de Israel en Egipto y el amor que Yahveh le tiene (Dt 7, 7-8); la fidelidad de Yahveh a la Alianza se extiende por generaciones (Dt 7, 9) y el pueblo en respuesta debe obedecer los mandamientos (Dt 7, 10-11); quien escucha la ley de Yahveh será bendecido con la misma bendición copiosa que recibieron los padres (Dt 7, 12-15). La esterilidad de Isabel anulada es signo de la Alianza renovada (Dt 7, 14). La condición es oír la voz de Yahveh:

² *Sobre ti irán viniendo, hasta darte alcance, todas estas bendiciones, si escuchas la voz del Señor, tu Dios:*

³ *Bendito seas en la ciudad, bendito seas en el campo.*

⁴ *Bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu suelo, el fruto de tu ganado... (Dt 28, 2-4a).*

El v.43 refleja la reverencia de Isabel hacia el Señor. María lo hizo llamándose *esclava* (1, 38) y Juan se mostrará en extremo *indigno* ante Jesús (3, 16). Detrás de estos gestos se enfatiza que quien viene es el Señor, Dios mismo, no un profeta más. Este es el acto que anticipa Isabel al recibir a María en su casa (la casa de Zacarías, sacerdote de la antigua Alianza). Ella oye el saludo (Lc 1, 41.44) y da testimonio de la presencia efectiva de la *Madre de su Señor*.

El v.44 es casi idéntico al v.41. La diferencia está en quién lo dice. Primero habla el narrador (v.41) y luego habla Isabel (v.44). Para el lector la información principal es la que solo dice el narrador: que ella quedó *llena del Espíritu Santo* (v.41b).

En el v.45 Isabel profetiza con una bienaventuranza sobre la fe y el *cumplimiento*. Este es uno de los fundamentos del Evangelio de Lucas como historia de salvación. Se trata de la integración entre fe (oír la Palabra) y cumplimiento (ponerla en obra). María es la portadora del Mensaje “vivo” que comunica vida y alegría. En esto consistirá el auténtico discipulado (cf. Lc 8, 19-21; Hch 1, 14): *¡Dichosos los que oyen la Palabra de Dios y la ponen en práctica!* (Lc 11, 28).

En la misma línea el v.56 expresa un cumplimiento. María ha acompañado a Isabel hasta el momento previo al parto (Lc 1, 26.56) y ahora sale de escena. Es curioso que María salga justo antes del nacimiento de Juan. Hubiese sido lógico que se quedase para ayudar a Isabel en el parto. Sin embargo, a Lucas no le preocupa esto (1, 57), sino el acto de misericordia que Dios ha tenido con Isabel (1, 58). Queda claro que la Visitación y el Magníficat inclusive son para prefigurar la estrecha relación entre Juan y Jesús. Progresivamente se irá construyendo un escenario todavía mayor para introducir el ministerio público de Jesús.

2. ¿Cómo podríamos orar con el texto de la Visitación?

Quisiera proponer cuatro categorías para orar con el texto de Lucas 1, 39-45.56.

Primera, el *encuentro* como experiencia espiritual. Esta categoría atraviesa o intercomunica a las otras tres. María es portadora de una experiencia de Dios que a su vez despierta la experiencia de Isabel. Nuestra oración y nuestra vida de fe es el reconocimiento de la acción de Dios en nosotros. El *encuentro* es el cimiento de toda experiencia cristiana.

- Contemplando el ícono de la Visitación podría contemplar mi propia vida desde los encuentros con personas concretas.

Segunda, el *movimiento*. Lucas definirá a los cristianos como los *seguidores del Camino* (Hch 9, 2; 19, 9.23; 22, 4; 24, 14.22). Orar desde la espiritualidad del Camino es reconocer primero que Jesús habita en mí como un bebé en el vientre de su madre y segundo que Él me mueve a salir de mí mismo. *Salir de sí* es la esencia del cristianismo.

- María encinta emprende el camino, alguien la espera.
¿Cuáles son mis caminos y quiénes esperan por mí?

Tercera, la *proclamación*. El misterio de la Encarnación en el Evangelio de Lucas es presentado como un inmenso coro con voces de distintas tonalidades. Cuatro elementos son esenciales en la *proclamación*. (a) la presencia del Espíritu Santo o su habitación en mí; (b) la audición del saludo o experiencia interna de fe; (c) el reconocimiento de Jesús

(quien le conoce bendice, canta de alegría, profetiza, etc.); (d) la participación en el anuncio del cumplimiento de la promesa.

- Desde mi experiencia de Dios, ¿cuál es la voz profética o la bendición que puedo elevar a Dios en mi vida Comunitaria y de misión?

Cuarta, el *estado de gracia*. Es típico de Lucas resumir al final cómo quedan los personajes². María permanece con Isabel un tiempo largo. La vida espiritual y la oración no son el destello fugaz de una emoción biológica o psicológica, sino que reflejan el modo como Dios permanece en la vida cotidiana. En adición, esa permanencia es dinámica o vivificante, como la vida que crece en el vientre de una madre. En el encuentro de María con Isabel ambas crecen.

- A modo de acción de gracias y de compromiso con el Señor, contemplo las personas de quienes recibo cuidado espiritual y también las personas para quienes yo soy una compañía espiritual.

² El nacimiento y circuncisión de Juan cierran diciendo que él *crecía y su espíritu se fortalecía* (Lc 1, 80); el nacimiento de Jesús cierra diciendo que *María guardaba todo y lo meditaba en su corazón, y que los pastores se regresaron glorificando al Señor* (Lc 2, 19-20); la circuncisión de Jesús cierra diciendo que Jesús *crecía en sabiduría, estatura y gracia...* (Lc 2, 51-52).